

CAPITULO X.

Discurso pronunciado en Guadalajara, el 27 de Setiembre de 1854 por el Lic. D. José del Castillo Negrete.

SEÑORES:

Impulsado irresistiblemente por un sagrado deber hácia mi país y en justa obediencia á la primera autoridad militar y civil, que tan dignamente rige á nuestro Departamento, me presento en este sitio sobrecogido de justísimo temor; porque estoy plenamente convencido, de que me escuchan personas de profundo saber y buen discernimiento, de que soy escaso y frío de sentimiento y espresion, y persuadido de que aunque poseyera la capacidad sublime del marqués de Valdegamas, ó la exacta lógica y dulcísima elocuencia del grande cuanto modesto presbítero D. Jaime Balmes, no me seria posible desarrollar con toda su belleza y esplendor, con toda su fecundidad y grandeza, el glorioso y magnífico espectáculo, que hoy hace treinta y tres años, presentó nuestra Patria querida á la asombrada humanidad, al sentarse llena de juventud, de júbilo, de

esperanzas y de amor y sólo soberano que le conquistara el mas ilustre de sus hijos, no con el filo de su terrífica espada, sino con la prodigiosa virtud atractiva concedida por el Omnipotente á los hombres privilegiados, que designa, para cumplir sus altísimos designios en la tierra. Tan grandioso objeto en presencia de mi notoria pequeñez, reclama con justicia la indulgencia de mis oyentes, de cuya benevolencia la espero.

No siempre el estruendo del cañon anuncia lágrimas y sangre, venganza implacable, ó insaciable ambicion: no siempre al ocupar un caudillo victorioso la capital de un grande imperio al frente de compactos batallones é impetuosos escuadrones, corren sus habitantes á ocultarse en los hondos aposentos, con el corazon henchido de angustia, de espanto y de dolor.

Lució un dia, señores, para la tierra privilegiada de Anáhuac, dia de gloria la mas pura, espléndida y completa á que puede aspirar una nacion; dia cuyo gratísimo recuerdo nos obliga en esta festividad á la paz nacional y religiosa, con el alma inundada de alegría, de placer y gratitud, á postrarnos adorando la bondad y altísimos designios del Eterno, y á tributar á su instrumento, el ínclito ITURBIDE, todo nuestro respeto, todo nuestro amor. En la aurora de aquel dia, el estampido del cañon anuncia en el bello Chapultepec, la marcha hácia la capital de un ejército de diez y seis mil hombres inaugurando el agosto, el mágico, el verdadero PABELLON NACIONAL. A tan fausto anuncio, cien mil habitantes de todos sexos, edades y estados, vuelan á su encuentro, apodéranse de todas las alturas, aparecen en las calles del tránsito todas las puertas adornadas con arcos de olorosas flores; vistosas colgaduras trigarantes penden de todos los balcones henchidos de bellas mexicanas, ostentando en sus ricos trajes y adornos, los nuevos colores nacionales, con el alma encantada, el corazon palpitante de placer y de esperanza y el semblante ba-

ñado de dulcísima alegría. Concurso inmenso afluye de los pueblos comarcanos al arco triunfal colocado á la entrada de la opulenta ciudad, y su presidente municipal y sus hombres de mas valía, allí esperan á su inmortal LIBERTADOR. En impaciente expectativa, en continua agitacion, diríjense las ávidas miradas á la carrera del tránsito alfombrada de fragrantes yerbas y vistosas flores. A las diez de la mañana, en medio de la purísima luz del espléndido y fulgurante sol de nuestra zona, el HÉROE DE LA PAZ bajo el arco de triunfo levantado en su honor. á la entrada de la hermosa capital, recibió y depositó sus llaves en el mismo Municipio, con estas palabras memorables: *“Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligion, la desunion y el despotismo, como abierlas á todo el que puede hacer la felicidad comun, las devuelvo á V. E., fiando de su celo que procurará el bien del público á quien representa.”*

Con marcial y reposado continente, por las calles de la Alameda, de San Francisco y de Plateros, avanza el ejército triunfante y crece el entusiasmo de la multitud y el festivo sonar de mil campanas y el rumor de millares de aclamaciones, de vivas y de aplausos y el estruendo de la artillería y el estrépito armonioso de las músicas marciales, saludan al ejército glorioso. A su frente, en el centro de un grupo de oficiales generales, sobre un soberbio caballo negro y con modesto traje, descúbrese la gallarda figura del CAMPEON DE IGUALA, DEL HÉROE DE LA UNION. Su mágica presencia, sus penetrantes y plácidas miradas lanzadas por unos ojos ardientes y expresivos, su espaciosa y blanda frente donde brilla la llama de sublime inteligencia, radiante de gloria y amor, y el ademán atento y afectuoso con que contesta los saludos, arrebatan, encantan los corazones de aquel concurso inmenso, cuyo júbilo ya no conoce límites, y le ama y le bendice, y sobre

él y su gloriosa hueste, vierte lágrimas de tierna gratitud, esencias exquisitas y olorosas flores. Un torrente de emociones indefinibles inunda todos los corazones á la vista de aquel ínclito caudillo, de aquel hombre singular el mas valiente, amable y seductor de los mexicanos. El héroe de Tepeaca, el impetuoso y bizarro Epitacio Sanchez, manda la escolta del primer Jefe; aquella escolta que solo admite en sus filas hombres de distinguido y comprobado valor. Marchan en pos, al frente de sus respectivas divisiones, el sereno D. Jo-é Joaquin de Herrera, vencedor del terrible coronel Hévia: el denodado D. Anastasio Bustamante, cuya frente ciñó en Atzacapotzalco el laurel de la victoria y cuyo corazon quebrantó el dolor por la pérdida irreparable del modelo de valientes y patriotas Encarnacion Ortiz, marchando entre sus filas, el bizarro y gallardo teniente que en San Juan del Rio y en Querétaro afrontó las huestes veteranas de un Loaces y un Novoa, el actual Exmo. Sr. comandante general y digno gobernador de Jalisco D. José María de Ortega: el indómito y perseverante general Guerrero, conduciendo aquellos soldados sureños de bronce, que tantas veces á la voz de Morelos, Galeana, Matamoros, Pedro Asencio y del mismo Iturbide, hicieron las cumbres y barrancos profundísimos del Sur, resonar con aclamaciones de victoria: marcha allí tambien el héroe de la mas immaculada y esplendente gloria mexicana, el magnánimo, el valiente, noble y generoso general D. Nicolás Bravo, cuya alma heroica vengó la sangre de su ilustre padre inicuamente derramada en un patíbulo, con el acto sublime de poner en libertad á trescientos españoles, grangéandose la estimacion de amigos y enemigos y borrando con solo este hecho de escelsa virtud, las aberraciones anteriores de nuestros compatriotas: y el sábio, valiente y malogrado general D. Manuel de Mier y Terán, digno compañero de S. A. Srma. en el glorioso triunfo de las armas nacionales en las márgenes del

Pánuco; y el modesto y esforzado D. Miguel Barragan y D. Rafael Ramiro y D. Joaquin Párres y D. Luis Cortazar y otros héroes dignos todos de eterna y grata remembranza. La plaza principal, aquel paraje que en otro tiempo presenciara los horrendos y execrables sacrificios tributados al sangriento Marte de los aztecas, oye las aclamaciones de júbilo sin par y altos loores, que todo un pueblo eleva hasta los cielos en honor del ejército triunfante y absorta contempla aquellas masas compuestas de implacables enemigos, mágicamente transformadas en hermanas unidas estrechamente con el dulcísimo nudo del mas puro y entrañable amor y en el balcón principal del palacio del imperio, al prudente y generoso Otonojú, presentando al ejército y al pueblo á su inmortal *LIBERTADOR*, al político profundo y sagaz destinado por la Omnipotencia, para convertir el yugo de vasallage que con España nos unía, en lazo de grata y sincera amistad. Ved aquí, compatriotas, el pálido bosquejo de la esplendente gloria de aquel día, en que el dedo de Dios inscribió en el padrón de los pueblos soberanos de la tierra, el nombre de la opulenta Nación Mexicana.

D. AGUSTIN DE ITURBIDE, aquel hombre verdaderamente providencial, no solamente llevó á cabo feliz nuestra emancipación de la antigua madre-patria, sino que con admirable prevision nos señaló la senda directa, fácil y segura que nos conduciría á ver realizadas las dulcísimas esperanzas de ventura y de grandeza, que infundió en todos los corazones el acto solemne y magestuoso de nuestra instalación nacional. Oid: *Mexicanos*, nos decía, *“ya estais en el caso de saludar á la Patria independiente como os anuncié en Iguala: ¡ya recorrí el inmenso espacio que hay desde la esclavitud á la libertad..... ya sabéis el modo de ser libres, á vosotros toca señalar el de ser felices... yo os exhorto á que olvidéis las palabras alur-*

“mantes y de estermínio, y solo pronunciaris UNION Y AMISTAD INTIMA... la union general es la única base sólida en que puede descansar nuestra comun felicidad... no os pido otra cosa, que lo que vosotros mismos debéis pedir y apetecer; union, fraternidad, órden, quietud interior, vigi'ancia y horror á cualquier movimiento turbulento. La naturaleza nada produce por saltos, sino por grados intermedios. El mundo moral, sigue las reglas del mundo físico: querer pasar repentinamente de un estado de abatimiento cual es el de la servidumbre; de un estado de ignorancia como el que producen trescientos años sin libros, sin maestros y siendo el saber un motivo de persecucion: querer de repente y como por encanto, adquirir ilustracion, tener virtudes, olvidar preocupaciones, penetrarse de que no es creedor á reclamar sus derechos el hombre que no cumple sus deberes, es un imposible que solo cabe en la cabeza de un visionario. ¡Cuántas razones se podrian esponer contra la soñada República de los mexicanos, qué poco alcanzan los que comparan lo que se llamó Nueva-España con los Estados-Unidos de América! Las desgracias y el tiempo dirán á mis paisanos lo que les falta. ¡Ojalá me equivoque!” Estas fueron sus palabras. Sabias, sublimes y proféticas palabras, que entonces no pudimos comprender; pero que una experiencia larga y dolorosa nos ha hecho apreciar en todo su valor. Nos lanzamos en el glorioso y ancho campo de nuestra Independencia diseminadamente, y no en la compacta union que nos trazara aquel hombre inspirado; pero la causa de nuestro extravío no nació entre nosotros, sino en aquellos mismos pueblos á quienes debimos el ser y que con tanta injusticia han procurado degradarnos.

Trescientos ventinueve años hacia que el génio inmenso de Colon habia presentado á la grande, la munificente Isabel de Castilla, el nuevo, espléndido y vasto continente predicho tan-

tos siglos antes con precision admirable, por el trágico español, el insigne Séneca, habiendo extenso campo á las ávidas é impetuosas aspiraciones del mundo occidental. Tres siglos habian transcurido desde que la impía Reforma luterana habia dicho á la débil razon del hombre: "*Levántate, rompe los diques de la autoridad: ni creas ni recibas nada de su mano; piensa, y juzga libremente por tu cuenta y con tus solas fuerzas, de las ideas y de los hechos.*" y la razon humana, enorgullecida con la conquista de la brújula, la pólvora y la imprenta, se alzó soberbia, y rasgando los títulos sacrosantos de la autoridad y sometiendo á su imperio á las mas grandes, firmes y terribles verdades, *las verdades religiosas*, apagó la única luz á cuyo plácido fulgor caminaba incesantemente á su perfeccion. ¡Se horroriza el alma al contemplar los devastadores frutos de la Reforma! En Alemania, por el interes de transformar el sistema federativo en imperio á favor de la casa de Austria; en Inglaterra, por el sensualismo mas brutal y en Francia, por su innata propension á doptar y probar todo lo nuevo, estendióse la anarquía de las ciencias, encendiéronse las guerras de religion, y desde 1820 en que el immoral Lutero quemó públicamente en Witemberg la bula del Pontífice Leon X que le condenaba, hasta 1648 en que fué ratificado el tratado de Westfalia, no presenciaron aquellos tristes pueblos otra cosa, que opiniones aventuradas, decisiones temerarias y escandalosas, guerras fratricidas sin cuartel, asesinatos, saqueos, incendios y miseria. La Europa casi entera se cubrió de luto, y donde quiera se oían gemidos de dolor y gritos de desesperacion, hasta que aquella hidra fatal de mil cabezas se precipitó en la cima de la estúpida indiferencia y atroz escepticismo.

Pero aquella fiebre de continuas y desordenadas controversias no se habia encerrado en el solo campo de las verdades religiosas, sino que estendió al mismo tiempo su contagio al de

las instituciones políticas que con la sancion de los siglos habian regido á aquellos pueblos.

La pretension de emancipar á la razon individual del yugo de la Autoridad Divina, entrañaba necesariamente la de revelar á la razon social contra la autoridad humana, de la que aquella es el solo fundamento.

De tropel, sin ley, sin freno, se presentaron á la faz del sol la codicia, la venganza y la ambicion y no solo sin embozo y sin pudor, sino santificadas por infames corifeos racionalistas, que lanzaron á los gobiernos contra sus mismos pueblos en el nombre de la ley; á los pueblos contra sus gobiernos en el nombre de la libertad y á los conciudadanos unos contra otros en el nombre de la quimérea igualdad y ellos aparecieron despues en los puestos mas pingües del Estado ó en países extranjeros, gozando impunemente el fruto de sus especulaciones sangrientas. La política sabia, constante y profunda del poderoso monarca español Felipe II, preservó á la España de los desastres atroces de la insurreccion religiosa y de las mortales convulsiones de la insurreccion civil.

Fueron entre tanto pasando de las playas del mundo antiguo á las del nuevo, dos razas de hombres totalmente disímbolas. La una, compuesta de sectarios religiosos, intolerantes y turbulentos, arrojados de Inglaterra, repudiados por su misma tierra natal: hombres cuyos corazones de hielo, como desprovistos del dulce afecto humanitario que inspira la religion romana, no abrigaban ni admitian otro sentimiento que el del propio y exclusivo engrandecimiento, el del egoismo insociable y destructor: hombres atroces y bárbaros, que incesantemente acrecentados por la afluencia de todos los descontentos, de todos los vagos, de todos los sediciosos, todos los delincuentes del resto de la tierra, constituyen en el día una nacion, que despues de haber esterminado á la raza indígena cazándola como

á las fieras de los bosques, despues de haber sancionado la esclavitud de los negros, despues de poner en observacia la ley tiránica de Lynch, despues de introducir la discordia en las Repúblicas sus vecinas, despues de violar descaradamente los pactos diplomáticos mas solemnes, de invadir los territorios agenos con expediciones piráticas y despues, en fin, de bombardear pueblos indefensos, declara oficialmente su gobierno á la faz del mundo entero, que sus instituciones fundamentales no le permiten evitar tan escandalosos y enormes atentados. Esta es la raza anglo-sajona, que á consecuencia de los descubrimientos de Ponce de Leon y Juan Gaboto, sin mas culto que el del oro, asentó su primera colonia en Virginia, simbolizando su empresa con una lonja y un puñal.

La otra, compuesta de emisarios y guerreros de la reina mas grande y de los poderosos Carlos V y Felipe II de España: raza que, por espacio de setecientos años, para recobrar su territorio nacional, habia afrontado y vencido la tremenda cimitarra sarracena: noble raza de caballeros esforzados, que erigidos por las ideas dominantes de aquel tiempo en campeones de la religion, de la pátria y del amor, triunfan gloriosamente en Nápoles, en Pavía, en Roma, en Florencia, en la Goleta, en Holanda; hacen temblar el trono de Inglaterra y acometen y llevan á cabo la temeraria, inaudita y ginesca empresa de vencer los mares y de librar á cien millones de habitantes de un mundo nuevo, del yugo de la mas horrenda idolatría. Esta es la raza del Cid que en 1519 puso su atrevida planta en Ulúa, simbolizando su empresa con la Cruz del Redentor y la creccion de la administracion municipal.

Esta es nuestra propia raza, señores, que en el transecurso de tres siglos vivió exenta de la anarquía religiosa, que despedazaba al viejo mundo, conservó sus costumbres sencillas y puros, profesó á la autoridad el respeto mas profundo y procuró

y en gran manera consiguió por medio de la heróica caridad de humildes misioneros, atraer á la religion de nuestros padres á la raza indígena, que fué el objeto de toda la ternura maternal de Isabel y de los eminentes servicios de Bartolomé de Olmedo, Juan Diaz, Soto, Coruña, Juarez, Ciudad Rodrigo Benavente, Cisneros, Motolinia y sus compañeros, del padre de las artes en México Fr. Pedro de Gante, de los Ilmos. Zumárragas, las Casas y de muchos otros varones apostólicos, que con la mas absoluta abnegacion, á costa de trabajos increíbles y hasta con el sacrificio de su existencia misma, no solo civilizaron millares de idólatras, sino que los defendieron con un vigor y una constancia invencibles; de las depredaciones y rudo despotismo, que desgraciadamente acompañan siempre al acto lamentable de sobreponerse una raza á otra por la destructora fuerza de las armas. ¡Franciscanos! ¡Domínicos! ¡Mercedarios! á vosotros debemos los primeros rudimentos de nuestra ilustracion y nuestra industria, que ya á principios de este siglo habian producido matemáticos insignes, buenos poetas, profundos juriscultores, eminentes arquitectos, sábios políticos, que por nuestras ya libres y frecuentes comunicaciones con Europa, se hallaban perfectamente al alcance de las ideas y de los acontecimientos de la madre-pátria.

Conocian que era ya llegado el tiempo en que la colonia, por su posicion geográfica, por sus riquísimos productos, por su poblacion, por sus necesidades y por su ilustracion, debia erigirse en nacion independiente, aprovechando el letargo que entonces sufría el leon de Iberia; pero el leon aletargado, siempre es leon y era imposible arrancar de sus garras la pingüe presa, sin hacerla mil pedazos: consideracion dolorosa, dificultad insuperable que paralizaba los impulsos del mas férvido patriotismo. Desfalleció la esperanza; pero volved los ojos al inexpugnable Cópore: mirad sentados al abrigo de una pe-

ña dos guerreros, poseidos del disgusto y la tristeza. El uno, coronel moreliano; el otro, capitán extranjero: ¡observad! sobre ellos hendiendo el purísimo azul del firmamento, espíritu celeste se desprende y súbito báñase el semblante de aquel jefe de insólita alegría, brilla en sus ojos inspiración divina, una aureola de luz ciñe su frente, palpita su corazón con emoción indefinible prorumpen en estas voces: "*Filisola, llegará el día en que la unión hará la INDEPENDENCIA MEXICANA, y cuento con vd.*"

Llegó el glorioso día en que realizando la divina inspiración, el ínclito ITURBIDE consumara la obra prodigiosa de emancipar una nación con la fuerza irresistible de la razón, la justicia y el amor. ¡Momento supremo y sublime de íntima y cordial unión entre seis millones de habitantes!

Nos constituimos en Nación; pero Nación nueva, inesperta en los caminos de la vida de los pueblos. Entusiasmados, enagenados por la inmensa gloria de nuestra INDEPENDENCIA, ávidos por presentarnos al mundo dignos de ella, con franco y noble corazón nos dejamos seducir por los ensueños de oro, por las brillantes teorías de ilusos publicistas, por la aparente prosperidad de Norte-América, por su perniciosa influencia ejercida en las logias de York por su ministro Poinsett y por el ejemplo de la misma España. De un salto quisimos llegar á la cumbre de la soñada perfección social y nos derrumbamos en la sima del desorden y en ella, absortos y ofuscados con la insensata algarabía de radicales, absolutistas, puros, monarquistas, moderados, centralistas, anexionistas, patriotas y en concreto, todos egoístas, pero todos mexicanos, en el transcurso de solos treinta años, arruinamos nuestra hacienda, contrajimos una deuda enorme, aniquilamos nuestro ejército, nos quedamos sin marina, cegamos las fuentes de nuestra riqueza, perdimos una parte inmensa de nuestro territorio na-

cional, vimos nuestra Independencia agonizante, y de todo punto amortiguado nuestro espíritu nacional. Ved aquí, señores, el resultado necesario de la discordia, hija de doctrinas disolventes, en cuya propoganda el presente indigno orador desgraciadamente tuvo parte; pero que ahora, con la misma sinceridad con que ha abjurado sus errores, os conjura en el nombre de nuestra santa RELIGION, de nuestra INDEPENDENCIA y de la *humanidad* á que olvidando nuestros recíprecos agravios y sacrificando en las áras de la Pátria nuestro egoísmo, opongamos á la insaciable codicia de nuestros pérfidos vecinos, el invencible muro de nuestra firme UNION. Esta es la salvaguardia de nuestra existencia, de la de las demas Repúblicas de nuestro continente, de la dominación europea en Cuba, Jamaica y las otras Antillas y del infalible retorno á la esclavitud de la mísera casta africana.

Que este día, señores, solemne porque en él nació nuestro gran LIBERTADOR, y glorioso porque en él conquistó nuestra INDEPENDENCIA; sea el solemne, glorioso y sublime día de nuestra segunda reconciliación, *de nuestra fraternidad, de nuestra quietud interior y de nuestro ódio y horror á todo movimiento turbulento.*

Compatriotas: con nuestra obediencia y respeto á la autoridad y á la ley, con nuestro amor al trabajo y con nuestra coadyuvación leal á la restauración nacional, comenzada por el GÉNIO PROVIDENCIAL que hoy rige nuestros destinos, probemos al mundo, que merecemos ser independientes, y sabemos ser felices.

Y vosotros ¡soldados de la Pátria! en quienes el HÉROE de este día depositó el mágico PABELLON TRICOLOR, fiando su defensa al fuego sagrado del honor que arde en vuestros pechos: ¡soldados de ITURBIDE! amadle y bendecidle en medio de vuestros compatriotas, que le bendicen y le aman! y

¡tú, espíritu inmortal de la INDEPENDENCIA MEXICANA, inclito ITURBIDE! en la mansion eterna donde moras, alcanza con ferviente ruego del Padre comun de los mortales, que nosotros, nuestros hijos y nuestros mas lejanos descendientes, cada vez que la aurora del 27 DE SETIEMBRE aparezca en el Oriente, la saludemos con lágrimas de gratitud y aclamaciones de júbilo y de amor, en recuerdo del dia feliz en que flameó triunfante por primera vez á la faz del sol, la augusta humanitaria enseña de la RELIGION, la INDEPENDENCIA y la UNION.

OBSERVACIONES.

Me abstengo de hacerlas. Cualquier elogio que pudiera hacer sobre el mérito de esta pieza oratoria, tal vez se tendria por parcial. Debiendo mi existencia al autor de ella, permítaseme solo su insercion como un testimonio de amor filial.

CAPITULO XI.

Discurso pronunciado por el socio ingeniero civil A. Anguiano en la sesion extraordinaria celebrada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en honor del P. A. Secchi, la noche del 26 de Febrero de 1879.

SEÑORES:

Honar la memoria de los sábios con manifestaciones como la que motiva esta respetable reunion, es en verdad un pensamiento grandioso á la par que sublime, y muy digno de la primera sociedad científica de México. Las relaciones con que la ciencia sabe ligar á los individuos que la cultivan, son de tal naturaleza, que salen enteramente del órden comun, como que parten del lado verdaderamente noble del corazon humano, de esa faz que hace aparecer al hombre muy superior á todos los seres que le rodean, y le eleva muy por encima de todo lo mezquino, de todo lo innoble, de todo lo falso que forma el otro lado donde se encubre la humana miseria. Polos diame-